

98

EL VENGADOR DE LA MUJER.

ROMANCE.

JUSTO DESQUITE

ó sea relacion de las cualidades

DE

CIENTO CINCUENTA HOMBRES.

COMPOSICION JOCOSA DE LA SEÑORITA***



MADRID.

Imprenta de D. Andrés Peña, Leganitos, 24.

1853.

2289

BIBLIOTECA HOSP
GRANAD

Sala:

C

Estante:

001

Numero:

014

787

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

R-25363

EL VENGADOR DE LA MUJER.

ROMANCE.

JUSTO DESQUITE

sea relacion de las cualidades

DE

CIENTO CINCUENTA HOMBRES.

COMPOSICION JOCOSA DE LA SEÑORITA***



MADRID.

Imprenta de D. Andrés Peña, Leganitos, 24.

1853.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Número:

014 (98)

R-25363

EL VENGADOR DE LA MUJER.

ROMANCE.

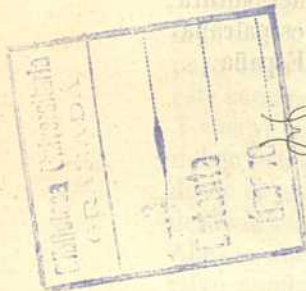
JUSTO DESQUITE

sea relacion de las cualidades

DE

CIENTO CINCUENTA HOMBRES.

COMPOSICION JOCOSA DE LA SEÑORITA***



MADRID.

Imprenta de D. Andrés Pena, Leganitos, 24.

1853.

25873-2

EL VENDEDORES DE LA MUJER.
ROMANCE.

ESTUDIOS DE ESTOQUE


OCTAVA.

Présteme la mujer oído atento
pues voy á noticiarle su ventura,
y ha de sentir tal gozo, tal contento,
que hasta llego á temer raye en locura.
Sepa, que al fin se ha escrito un documento
haciendo de los hombres fiel pintura;
y porque no se crea que es patraña
lo voy á trasmitir á toda España.

MADRID.

Instituto de la Lengua Castellana, Escuelas, 22

Este romance es propiedad de su autor.





EL VENGADOR DE LA MUJER.

ROMANCE.

No trato de usar rodeos,
ni preámbulos floridos
para decir que á los hombres
este romance dedico.
Todos ya con tal anuncio
deben estar prevenidos,
desde el mas grueso, al mas flaco,
desde el mas grande, al mas chico.
Abra la marcha un José,
cuyo nombre esclarecido
parece que de la critica
ha de rechazar los tiros.
Y sin embargo lectores
(dolor me causa decirlo)

¿ven ustedes lo que abundan
 en el mundo los Pepitos?
 pues por todos ellos juntos
 no hay quien ofrezca un comino.

Alguno que otro hubo bueno
 allá en los remotos siglos,
 mas desde entonces acá
 esta casta se ha perdido.

Ahora son maliciosos,
 parlanchines, presumidos,
 muy volubles como amantes,
 y muy falsos para amigos:
 aun pudiera añadir mucho,
 pero basta lo ya dicho
 para que de ellos se forme
 un aproximado juicio.

Todo Angel, por su nombre
 merece aprecio infinito,
 mas (será desgracia mia),
 los que hasta aquí he conocido
 cualquiera puede juzgarlos
 tocayos del enemigo.

Despues de hablar de los Angeles
 á un Serafin me dirijo,
 pues ha llegado su vez
 siguiendo el órden doctrino.

Verdaderamente es lástima
 que este nombre tan bendito
 haya recaído en hombres

tan feos, y tan ladinos.
 Me parece que los Justos
 deben ya estar sobre aviso,
 y por si no fuere así,
 á todos los *Justos* digo
 que ninguno para juez
 cuente con el voto mio.
 No hay clemencia en los Clementes,
 ni bondad en los Benignos,
 ni cordura en los Prudencios,
 ni belleza en los Jacintos;
 y lo que es gracia y despejo
 no se pida á los Toribios.
 Hablaría de los Diegos,
 pero son muy vengativos,
 y de ninguna manera
 los quiero por enemigos;
 tampoco diré defectos
 de los Luises y Mauricios,
 porque si á contarlos fuese
 no acabaría en un siglo.
 El ocuparse de Antonios
 es un tiempo muy perdido,
 porque todos ellos tienen
 las cabezas de chorlito;
 y ademas por su mal genio
 estan muy aborrecidos.
 Envidia tengo á los Juanes
 por su falta de sentido,

que siendo así en este mundo
 se evitan muchos martirios.
 Los Pedros y los Simones
 se juzgan siempre aludidos
 cuando se habla de calmosos
 ó de posmas, que es lo mismo,
 pues respecto á pesadez
 no hay quien les usurpe el título.
 Lo mejor será olvidarse
 de los Giles y Remigios,
 porque solo su recuerdo
 es para causar fastidio.
 Si allá en el romano imperio
 hubo Libertos sumisos,
 sería porque de esclavos
 sufrieron los duros grillos;
 mas ahora que son libres
 nadie puede resistirlos.
 Un Valentin y un Daniel,
 un Mariano y un Domingo,
 esperan para ser buenos
 que llegue el día del juicio.
 Los Roques y Caralampios
 no pueden gozar prestigio
 si no en tiempos desastrosos
 de plagas y tabardillos.
 Conozco veinte Joaquines,
 y cuarenta y seis Franciscos,
 y pasándoles revista

por ninguno me decido.
 Unos son murmuradores,
 otros tienen poco juicio,
 aquellos son mal pensados,
 estos otros distraídos,
 algunos hay quisquillosos,
 también los hay indecisos;
 mas lo que en todos se advierte
 es un orgullo excesivo.

Ya se vé, con tales prendas
 hay para estar engreídos.

Los Narcisos, según fama,
 se enamoran de sí mismos,
 y hacen bien, pues con las hembras
 tienen el pleito perdido.

De los Carlos, ya se sabe
 que en llegando á veinte y cinco,
 se plantan en esta edad
 aunque vivan luego un siglo;
 porque su mayor desvelo
 es parecer jovencitos.

Dios me libre de los Jaimes,
 y también de los Calistos,
 que unos y otros á este mundo
 por nuestro mal han venido.

¿A quién no aflige un Mamerto?

¿á quién no asusta un Higinio?

¿quién al nombre de Trifon

no se tapa los oídos?

Olvidemos tales nombres
 si hemos de vivir tranquilos.
 La pereza de los Pablos,
 y la de los Casimiros,
 en contrapeso las dos
 vienen á pesar lo mismo.
 No hay temor que los Lorenzos
 mueran asados, ni fritos,
 porque lejos de seguir
 de aquel gran santo el camino,
 antes que ser ellos mártires
 dan á los demas martirio.
 Por la poca exactitud
 que tienen los Federicos,
 nadie quiere confiarles
 el encargo mas sencillo.
 Los Cosmes, los Sinforianos,
 los Crispines, los Rufinos,
 Los Lucas, los Melitones,
 los Galos y los Cirilos,
 en la relacion de feos
 forman el primer capítulo.
 Los Homobonos y Lesmes,
 y tambien los Leovigildos,
 deben de gastar peluca
 al año de haber nacido.
 Un Bonifacio avisado,
 un Celedonio entendido,
 un Restituto chistoso,

y un Pancracio que sea vivo,
 por fenómenos se cuentan
 en este presente siglo.

Ni á Plácidos, ni á Venturas,
 ni á Felicianos envidio;

ni á Prósperos, porque están
 fastidiados de sí mismos.

Los Vicentes y Felipes
 que hasta el día he conocido,

como no muden de genio
 no esperen el ser queridos.

Esto advierto á los Fernandos,
 esto á los Migueles digo;

aunque temo sea inútil
 para ellos tal aviso,

pues predicar en desierto
 fué siempre sermón perdido.

No hay Timoteos, ni Blases
 que puedan llamarse activos;

ni tampoco hay Agustines
 en el día arrepentidos.

Para hablar con los Ramones
 es menester mucho tino,

pues la espresion mas sencilla
 la toman en mal sentido.

Los Fermines, los Eladios,
 los Dámasos, los Emilios,

los Julios, los Isidoros,
 los Rosendos y los Titos,

en el país de las monas
 deben hacer mucho ruido.
 Un capítulo de culpas
 se ha formado á los Dionisios
 por los graves desaciertos
 que cometen de continuo.
 Son lánguidos los Enriques,
 melifluos los Agapitos,
 dormilones los Hilarios,
 y enamorados los Tirso.
 Los Rupertos al contrario
 huyen siempre de Cupido
 por lo poco que confían
 en llegar á ser queridos;
 (siquiera tienen el mérito
 de conocerse á sí mismos).
 El que se ría un *Isac*,
 y el hacer llorar á un *Pio*,
 son cosas muy naturales,
 pero yo no las he visto.
 Hemeterio, Telesforo,
 Rufo, Liborio, Benito...
 no deseo un nombre de estos
 á mi mayor enemigo.
 Los Pascuales y Anacleto,
 Nicanores y Faustinos,
 en apuestas y en el juego
 su patrimonio han perdido.
 Les cuadra tan bien el nombre

á los llamados Simplicios,
 que con solo ver su rostro
 cualquiera les dá este título.
 Si un Canuto fuese grueso,
 y un Robustiano algo fino,
 pretendería un Romualdo
 pasar por guapo y por listo.
 Paciencia en un Rafael,
 verdad en un Celestino,
 eficacia en un Santiago,
 y cautela en un Fabricio,
 prendas son que se escasean
 en estos cuatro individuos.
 De los Facundos, se dice,
 que por hablar de sí mismos
 olvidan hasta el comer,
que en ellos no es poco olvido.
 Por gruñones los Alfonsos,
 y por serios los Gavinos,
 parece que su mision
 es la de asustar chiquillos.
 Los Andreses si se cortan
 será con algun cuchillo,
 pues lo que es ellos turbarse
 ni delante de un concilio:
 hallazgo fuera encontrar
 uno de carácter tímido.
 No son así los Tomases,
 que pecan por embebidos,

y van siempre cabizbajos
 á manera de doctrinos.
 Para reir un Pascasio,
 para enredar un Camilo,
 y para bromas pesadas,
 los Javieres y los Linos:
 para entender de elegancia
 nadie como un Evaristo,
 pues en ir acicalados
 tienen todo su prurito.
 De un Baltasar y un Melchor
 lo único que se ha dicho
 es que jamás beben agua
 cuando pueden beber vino.
 Los Lucianos y Teodoros
 son al parecer pacíficos,
 mas si llegan á enfadarse
 ¡ya podemos preveniros!
 porque de pura soberbia
 se maltratan á sí mismos.
 Perdonenme los Ignacios
 si lo que siento les digo,
 y es que no se hacen lugar
 por los siguientes motivos.
 Primero, por habladores:
 segundo, por sus caprichos:
 tercero, por ser curiosos;
 y cuarto por su egoismo.
 Es propiedad de *hombres grandes*

aparecer distraídos ;
 por eso los Alejandros
 serán tan olvidadizos.
 Sin ser profeta , á un Gabriel
 desde hoy le pronostico ,
 que nunca sobresaldrá
 en ningun arte ni oficio ,
 por la mucha inconsecuencia
 que siempre en ellos he visto .
 Si por candidez á un Cándido
 hubiera que distinguirlo ,
 ¿quién acertára con él
 á no ser un adivino ?
 aprópiense los modestos
 lo que á los Cándidos digo ,
 porque respecto á modestia
 « Dios ampare á ustedé , hermanito . »
 Por matones los Bernardos
 estan ya roconocidos ,
 mas , como suele decirse ,
 solo es *jarabe de pico* ,
 que en viendo el lance formal
 se arrepienten de lo dicho ,
 declaran que todo es broma ,
 y abrazan á su enemigo .
 ¡ Nicolás , y dadivoso
 dudo que haya este prodigio ;
 lo que dan son pesadumbres ,
 eso sí , yo lo atestiguo .

Recomiendo á los Ambrosios
 que se compren un cepillo
 y cuiden mas su persona,
 pues segun su desaliño,
 de un cañon de chimenea
 parece ser que han salido.
 Cuando sepa que un Florencio
 deja de usar artificio,
 lo anunciaré por carteles
 en señal de grande aviso.
 ¡Oh, Manuel! para lo último
 reservé nombre tan digno;
 pero ¡qué fatalidad!
 por mas que recapacito
 ninguno, en cuanto á virtud,
 puedo presentar por tipo.
 César, Aquiles, Ricardo,
 Victor, Pelayo, Ramiro,
 Eduardo, Hipólito, Eugenio,
 Raimundo, Julian, Rodrigo,
 Tiburcios, Braulios, Mateos,
 Cayetanos, Gumersindos,
 Gerónimos, Eleuterios,
 Sebastianes, Cletos, Crispulos,
 Brunos, Jacobos, Protasios,
 Demetrios y Hermenegildos,
 venid todos á escuchar
 los renglones que os dedico.
 «No juzgueis que de mi lista

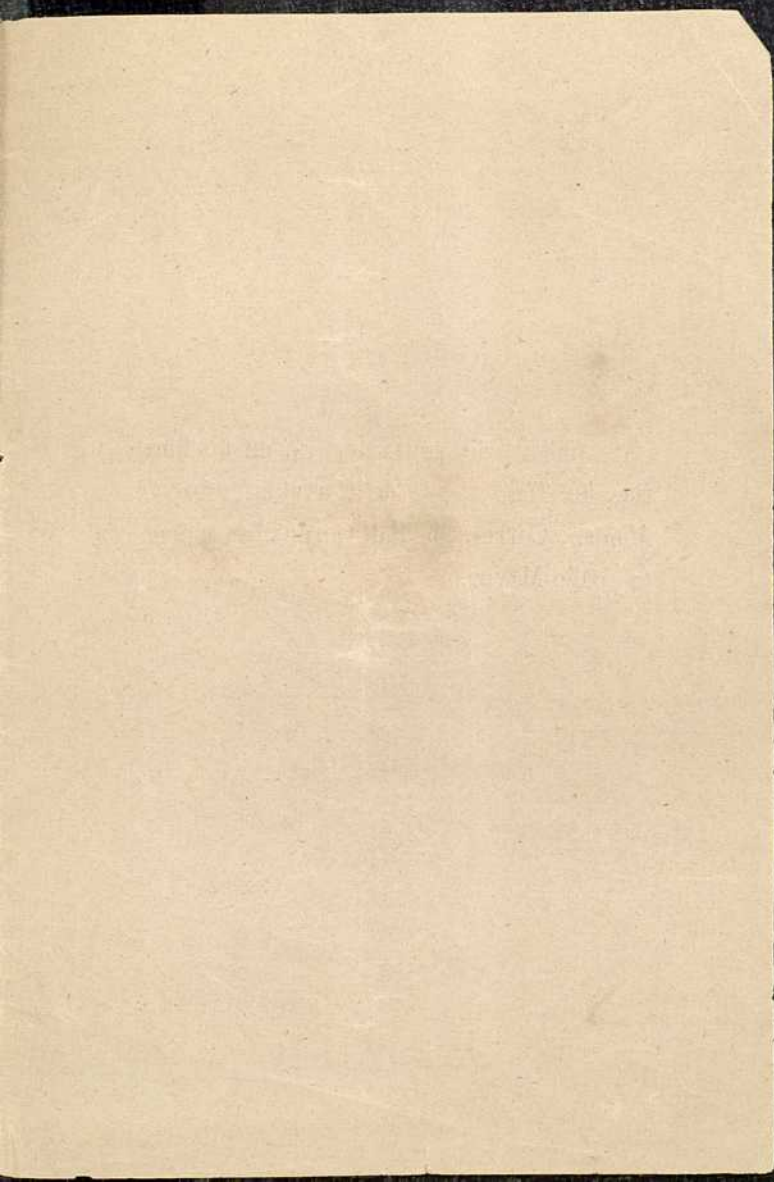
podeis quedar escluidos,
 pues si omito vuestras faltas
 no me asiste otro motivo
 que la consideracion
 de su número crecido.
 Y no tan solo á vosotros
 esta advertencia dirijo,
 que tambien quiero que aluda
 á los demás que no cito.
 Ya veis que soy imparcial;
 aquí no hay pobres ni ricos,
 tan bueno es para mí Andrés,
 como Joaquin ó Francisco;
 y puesto que el mal de muchos
 consuela á tontos y á pícaros,
 no me queda ni el recelo
 de que podais afligiros.
 Bien sé que mil congeturas
 formareis por lo que os digo
 y que nada favorables
 serán para mí estos juicios;
 pues sé tambien que en el mundo
 no conviene ser verídico;
 mas ¿qué importa? tiré el guante,
 ¡guerra al sexo masculino!
 Piense ahora lo que guste
 aquel que sea maligno.
 Digan algunos que es hombre
 el autor de aqueste escrito,

y sostengan que es un Judas
cuando vende á su partido;
digan otros que es mujer,
y añadan muy engreidos
que solo en alguna fea
esta venganza ha cabido,
formando mil comentarios
consiguientes á este juicio:
llámenla vieja tambien,
bachillera y sin sentido,
que si piensan de este modo
manifestarse ofendidos,
no serán muy generosos
cuando son tan vengativos;
y que *amargan las verdades*
dirá el público conmigo.
Con esto *no canso mas*
siguiendo el vulgar estilo,
pero como de formal
doy pruebas en cuanto he dicho,
le declaro á mi lector
porque no se vuelva el juicio,
que soy *un ser ignorado*
sin nombre y sin apellido.

*¡Mujer! ya quedas vengada
por los siglos de los siglos.*

Madrid y febrero 1855.





Se hallará de venta á 2 rs. en las librerías de *Tieso*, calle de Carretas, núm. 7; *Monier*, Carrera de San Gerónimo, y *Cuesta*, calle Mayor.